

primera piedra. "Porque, añade M. Damiron, las filosofías del siglo diez y nueve son tan diferentes, que los principios, las consecuencias, todo en ellas es distinto, y aun frecuentemente opuesto. Desde la simple psicología hasta la metafísica, en moral como en artes, en política como en religion, sobre toda cuestion fundamental, sus doctrinas se dividen y hacen un sistema aparte." De despecho entonces, se ponen á hacinar, mezclados y confundidos los restos y los escombros, y mirando con orgullo este acumulamiento monstruoso, han dicho: "Todo está bueno; todo es perfectamente justo en este mundo; todo tiene su razon de sér, todo está en su lugar; el error no es mas que un fragmento de la verdad; todo es verdadero, tomado en sí mismo."<sup>1</sup> Y en su delirio, han rodado remolinándose hasta el abismo insondable del panteísmo germánico.

Así, pues, cansados de los sueños vacíos é incoherentes de la ideología, los restauradores racionalistas se han arrojado en un terreno mas práctico, mas fecundo, el terreno de la política: han creído para la regeneración de los pueblos en la omnipotencia de una forma gubernamental. Así como sus antecesores habían imitado por principios facticios los principios verdaderos y legítimos de la Iglesia, ellos han abandonado los sistemas absolutistas ó republicanos, nacidos de las ideas paganas, y han vuelto, aunque no en el espíritu, á la forma política de la Edad Media, la monarquía templada por la representación. Habiéndoles parecido la independencia de la razon una garantía poco segura para la tranquilidad de sus instituciones, han inventado una infalibilidad á su modo, la infalibilidad de la mayoría, que es acaso la mas injuriosa acusación que se haya hecho jamás al espíritu humano. Se le ha considerado incapaz de decidir por sí mismo sobre la verdad; y en lo de adelante no es el juicio y la verdad lo que se consultará antes que todo, sino el número:

<sup>1</sup> Cousin, *Curso de 1828*, lecciones 5<sup>a</sup> y 7<sup>a</sup>.—Introd. á la *histor. de la filosof.*, lecciones 7<sup>a</sup>, 9<sup>a</sup> y 10<sup>a</sup>.

los mas numerosos tendrán razon; se crearán partidos, mayorías facticias; el vencido de ayer redoblará sus esfuerzos para ser vencedor mañana; y como una cantidad menor multiplicada por el movimiento, puede parecer mas considerable que una cantidad superior abandonada á la fuerza de inercia, acontecerá frecuentemente que una mayoría discreta y pacífica será oprimida por una minoría loca y turbulenta. ¿Acaso no mas una cierta forma política y la verdad del número, es lo que se necesita para salvar á los pueblos? No, sin duda; y esto se ha comprendido muy pronto: se ha sentido que era necesario moralizarlos á fin de que una forma de gobierno seductora en la apariencia, no encubriese en el fondo la putrefacción y la muerte. ¿Pero de qué manera se moraliza á los pueblos? Derramando en su cabeza, se ha dicho, la instrucción cual un nuevo bautismo. Muy bien! no queremos contradeciros en esto; pero ¿cuál es, podréis decirnos, esa instrucción tan pura que ha de servir nada menos que de agua regeneradora? Habiéis dado maestros de enseñanza á los ignorantes y sencillos, les habéis servido con profusión las producciones de la inteligencia, les habéis permitido sentarse á esa mesa cargada de manjares seductores y de bebidas incitantes; y sin embargo, podría suceder que estos manjares y estas bebidas no fuesen otra cosa que un cebo engañoso y dañado, el cual, en vez de derramar en los que de él se saciasen un líquido reparador, infiltrase en ellos un veneno mortal. Rousseau, como hemos dicho antes, había hecho ya el proceso de la cultura intelectual: su opinión fué considerada como la paradoja de un misántropo, pero ya hoy los estadistas parecen darle la razon. El diario de los *Debates* reconoce que en toda proporción que se observe, el número de acusados instruidos escede en mucho al de los ignorantes;<sup>1</sup> M. Dupuin confiesa que la clase que posee una instrucción superior á la de la enseñanza primaria es la que escede á todas las demas, por la multiplicidad de los críme-

<sup>1</sup> *Journal des Debates*, 26 de Diciembre de 1838.

nes contra las personas ;”<sup>1</sup> y M. Lauvergne esclama : “ Compulsad los anales de la jurisdiccion criminal y reconoceréis que el mayor número de los homicidas, asesinos, envenenadores, falsarios, &c. son todos hombres de letras : que los criminales reincidentes é incorregibles son hombres de letras ; que ellos son el origen de todo mal, y del contagio de la moral ; que los propagadores del vicio y del crimen en las villas, en las aldeas y en los campos son hombre de letras ; en una palabra, que una falsa literatura, una instruccion facticia, es en donde quiera la causa de todos los males que sobrevienen á la sociedad.”<sup>2</sup> En efecto, si el pueblo es instruido, si sabe leer, ¿qué es lo que lee con mas frecuencia ? Periódicos impostores, novelas licenciosas ; obras impías y obscenas. De aquí no puede venir indudablemente la moralidad ; es necesario, pues, buscarla en otra parte.

Hay una ciencia que se llama *economía política*, y que se propone por problema la produccion de la riqueza en las naciones. Esta ciencia, en la cual las escuelas no han podido hasta hoy llegar á entenderse, y que parece deber participar de todas las dudas de la filosofía, á la que pretende enlazarse ¿llegará alguna vez al objeto que se propone ? No queremos nosotros inquirirlo, y aun suponemos de buen grado que, cual nueva piedra filosofal, lo cambiará todo en oro ; pero lo que sí le disputamos es el de que tenga un valor moral cualquiera. Sus numerosos partidarios, esperan sin embargo de ella, y de ella únicamente, la regeneracion de las costumbres. Pero en verdad, ¿se habria podido creer nunca que una ciencia que ha rebajado al hombre hasta las proporciones de una máquina de trabajo ; que se ha hecho culpable de las monstruosas teorías de un Malthus ; que ha llegado á considerar como una locura la de socorrer á los niños que llama supernumerarios, y aun á proponer premios á las madres que destruyeran el fruto de sus entrañas ; que esta ciencia, repetimos,

1 *La Moral, la Enseñanza, la Industria*. Discurso, pág. 23.

2 *Los presidarios*, pág. 327.

haya pretendido servir á los intereses de la humanidad. . . . ? Desde lo alto de la tribuna de la representacion nacional, la Francia ha escuchado, y toda la Europa ha podido recoger esta nueva leccion : “ ¡ Enriqueceos ! la moralidad está en proporcion de la riqueza ! ” ¡ Pobres, á quienes Jesucristo amó tanto ! ¿ ha llegado hasta vuestros oidos este fallo de la dureza filosófica, este insulto irónico á vuestra miseria, este ultraje á vuestra dignidad de hombres ? No, no ; la filosofía moderna lo ha dicho, bajo vuestros harapos no puede latir un corazon noble, la virtud no puede abrigarse sino en el seno del lujo y bajo vestidos de seda y de oro ! Enriqueceos, pues, por todos los medios, ya que se os incita á ello en nombre de todo lo que hay mas sagrado ; ó si vuestra conciencia lo repugna, resignaos á no ser mas que unos seres abyectos, sin derecho ninguno á nada. . . . ! ¿ De dónde vienen esas ideas perturbadoras que encienden en las almas el fuego de la codicia, de la concupiscencia y de los celos ? La antigüedad pagana no las ha conocido : todos sus grandes filósofos, todos sus grandes legisladores han considerado las riquezas como fatales á las costumbres, como una causa de ruina para los Estados ; y hasta en las leyendas mitológicas han consignado esta opinion, cuya verdad ha comprobado la esperiencia frecuentemente. ¿ Habrémos, pues, descendido mas abajo que los paganos, y deberá ser peor una segunda muerte que la primera ?

Los habitantes de la isla de Siphnos, descubrieron en sus altas montañas abundantes minas de oro y de plata, pero estas riquezas lejos de moralizarlos les comunicaron los vicios mas vergonzosos. Su depravacion llegó á ser proverbial entre los griegos ; y los dioses para castigar su perfidia y la corrupcion de sus costumbres, hicieron que el mar absorbiese los metales preciosos que los habian degradado enriqueciéndolos. ¿ No podriamos muy bien temer que los modernos apóstoles de la civilizacion nos preparasen la suerte de los insulares de Siphnos ? ¿ Qué ha sucedido ya ? Hoy se confie-

sa abiertamente que la corrupcion corroe el corazon de las naciones, que la codicia las devora, que el egoismo las envilece. Pero ved aquí otro fenómeno que se manifiesta. El desarrollo de la riqueza en algunos, engendra la miseria en el mayor número; allí, donde florecen las fortunas colosales, la llaga del pauperismo llega al estado de sistema y de poder, va ensanchándose mas y mas: cerca de los magníficos monumentos del comercio y de la industria, junto á las mansiones suntuosas de hombres oscuros enriquecidos, hay seres humanos que mueren de hambre; niños infelices, cuyos miembros ateridos no puede reanimar el tenue calor de sus débiles madres! y los pueblos, decaidos por las teorías nuevas se lamentan en su desesperacion y claman, que son pobres! Así, desde hace mucho tiempo, un odio sordo murmura contra esas sociedades que no dan la dicha, cuya pasion, por otra parte, han aguijoneado tanto; y ardientes reformadores se han presentado para hacer justicia, es decir, para destruirlas hasta los cimientos, y colocar á la humanidad sobre otras bases.

¡Regocijaos, pues, desventurados mortales que gemís bajo el peso del sufrimiento y del infortunio! los goces del paraíso terrestre os van á ser devueltos; la razon pura ha encontrado al fin el secreto perdido de la felicidad; entregaos sin desconfianza á sus magníficas utopias! Ya Saint-Simon ha soñado la teocracia absoluta del pontífice hombre y mujer, jefe espiritual y temporal, legislador y juez, mantenedor y distribuidor de la fortuna social, cabeza única de la humanidad: bajo su amable gobierno *la carne será rehabilitada y las pasiones santificadas*; la mujer gozará de una libertad sin límites, y solo al padre de sus hijos conocerá: por otra parte, el derecho hereditario debe desaparecer y una filiacion convencional se sustituirá á la filiacion de la naturaleza.—Fourrier, por su lado, ha inventado encerrar á los hombres en la colmena del falasterio, donde se entregarán sin reserva al impulso de sus pasiones y gozarán de todas las ventajas de la poligamia y de la poliandria.—Roberto Owen concibe una socie-

dad sin vínculos, sin creencias, sin deberes y sin derechos. No mas religion, no mas matrimonio, ni familia, ni propiedad, ni responsabilidad de las acciones; todo sér está sujeto á la ley de la naturaleza ó de los acontecimientos; la fatalidad sola determina aquí en la tierra del bien y del mal.—Babeuf predica el comunismo, quiere una expropiacion general de los particulares á favor del Estado; éste resume y concentra en sí toda la actividad nacional. Desde entonces el individuo no es ya mas que un autómeta que no puede comer, beber, dormir, pasearse, trabajar, sino bajo la direccion de un gefe absoluto. Las relaciones de familia no existen, y el gobierno se apodera de los hijos; las artes y las letras deben tambien desaparecer en el interes de la ignorancia comun, ¡y desgraciado de aquel que no profese la creencia comunista! ¡Será espulsado del territorio y condenado á perpetuo destierro!—M. Pierre Leroux, en fin, despues de haber imaginado una familia sin gefe, una patria sin gobierno, una propiedad sin títulos, estipulado por el egoismo, suprime con un rasgo de pluma la otra vida, la expiacion ó la recompensa que en ella nos aguarda; y declarando que la tierra no está fuera del cielo, limita á ella el curso de nuestros destinos, pero nos halaga siempre con la esperanza de una indefinida metempsícosis.

¿Faltan todavía mas locuras? ¿no se ha deshonrado aún bastante la razon humana? ¿Pueblos ciegos! ¿no comprenderéis nunca hasta qué ignominia, hasta qué degradacion os impulsa el orgullo del espíritu filosófico? “Hasta aquí, esclama M. Reybaud, obedecer á los instintos naturales era el destino del bruto, dominar estos instintos era el deber del hombre. Hoy la ley que gobernaba la isla de Circé, ha hallado comentadores y apóstoles; en lo sucesivo el cuerpo será el señor y la alma la esclava: no hay que escoger entre las pasiones; mejor es obedecerlas á todas. ¿A qué civilizacion puede esto conducir? Se ha impulsado á nuestro siglo hácia las satisfacciones materiales, y se le precipita en esta senda

con un encarnizamiento que espanta. Se ha querido inspirarle el desprecio á esas virtudes austeras que fueron en otros tiempos el honor y la gloria de la humanidad; se le ha predicado el culto de lo útil y parece haberse perdido toda noción de la verdadera grandeza. En política, los cargos y las dignidades son objeto de un asalto continuo en el cual los combatientes no hacen mas que cambiar de táctica y de papel. En industria y en literatura los excesos han traspasado todos los límites; el desprecio de toda medida y de toda regla ha conducido directamente á la depravacion y al caos: la antigua moralidad ha desaparecido y no se sabria decir adónde está la nueva. En lugar de aquella sencilla y sana lógica que gobernaba no há mucho á las generaciones, se tienen ahora cátedras para todas las locuras y oyentes para todas las monstruosidades. El vértigo está en las cabezas, la duda anida en las almas; no se sabe qué creer ni qué proscribir; si nada se ha fundado, en cambio todo se ha conmovido; diríase que la sociedad reniega de sí misma, que se complace en las ruinas, y que presta sus manos para su propia destruccion!"<sup>1</sup>

He ahí cuál ha sido la obra del espíritu libre que se habia prometido orgullosamente reparar el edificio moral, cuya destruccion habia causado. Una vez todavía, á pesar de todos sus esfuerzos, él se ha estrellado, como la naturaleza de su principio le hará estrellarse siempre, en la anarquía mas completa. Espantado á la vista de este triste espectáculo, M. Reybaud, sin ser católico de espíritu, se ve casi conducido lógicamente á la fórmula católica: "*Autoridad sobre el hombre en el orden moral; libertad para el hombre en todo lo demas!*"<sup>2</sup>

¿Pero dónde tomaréis la autoridad moral? ¿Está en la mano de los soberanos, de los herejes ó de los filósofos? ¿Se siente vuestra conciencia obligada á obedecer á Enrique VIII, á Lutero, á Babeuf ó á Fourrier? ¿Quién nos mandará, pues,

<sup>1</sup> *Estudio sobre las Reformas modernas*, tom. I, pág. 273.

<sup>2</sup> *Idem*, tom. I, pág. 290.

en el orden moral. . . .? La Iglesia católica ó nadie. Solo ella posee los títulos del dominio de las almas; solo ella ha probado que sabe dirigir infaliblemente las voluntades: fuera de ella no hay sociedad moral, y sin sociedad moral no hay salvacion para la humanidad. El catolicismo únicamente sabrá inspirar bastante fé para domar las pasiones, bastante esperanza para ennoblecer las almas, bastante caridad para vencer el egoismo, y consolar todas las miserias y todos los dolores. Hace mucho tiempo que el Apóstol lo ha proclamado á la faz del mundo: "No encontraréis en otra parte la salud; *non est in alio aliquo salus.*"<sup>1</sup>

## CAPITULO XXXIX.

### Lo que ha venido a ser la humanidad fuera del reino de la Cruz.

Desarrollad delante de vos la carta del mundo y echad sobre ella una atenta mirada. Ved cómo los hijos de Adán se han multiplicado y esparcido sobre la tierra que Dios les ha dado, y cómo se han distribuido los continentes y las islas; pero considerad cuál es la diferencia de los destinos que se han formado. Los unos gozan de todos los beneficios de la civilizacion, los otros vegetan en la barbarie, ó se encenagan en el estado salvaje. No seria, sin embargo, bastante el haber confirmado este hecho si no se inquiere la causa. Pero donde quiera que se percibe una cruz se puede decir con seguridad, que al abrigo de este signo tutelar los pueblos se desarrollan, se perfeccionan y marchan de progreso en progreso: progreso en las artes, progreso en las ciencias y progreso,

<sup>1</sup> *Actas de los Apóstoles*, cap. 4.